

LAS MAS ANTIGUAS FORMAS DE MANDO (1)

Pocos problemas habrá en los que la más desenfadada «prehistoria especulativa» haya originado tanto error y confusión como en éste. Dejando aparte la historia —bastante divertida e instructiva— de tales equivocaciones, trataremos de ver cómo se plantea el tema ante nosotros.

I

Se nos presentan dos órdenes de preguntas y respuestas de la consideración de las cuales pueden desprenderse las vías de acceso que nos permitan aproximarnos a una reconstrucción históricamente verosímil de las más antiguas formas de mando.

Por una parte, ¿qué «fósil arqueológico» deja el mando? Es decir, hasta qué punto el material arqueológico nos permite conjeturar si había o no alguna forma de mando y, caso de haberla, cuál era.

Por otra, ¿qué indicios en culturas vivientes, etnográficas, o en las capas más profundas de las Altas Culturas —folklore— podemos hallar que nos valgan para esa reconstrucción?

Evidentemente, los horizontes llamados «protohistóricos» o «paleoetnográficos», esto es, aquellas culturas relativamente primitivas que coexistieron con Altas Culturas y fueron observadas y descritas desde éstas, nos dan también informaciones muy valiosas, así como el recuerdo que, por ejemplo en forma de mito, han conservado de sus propios orígenes las mismas Altas Culturas.

1.º Del material arqueológico se prestan a ser estudiados en relación con este tema, sobre todo, las sepulturas, ciertas formas

(1) Este artículo es —debidamente aligerado y modificado— un capítulo de nuestra *Sociología pre y protohistórica* que será publicada por este Instituto.

de arte (pinturas, grabados, los llamados «bastones de mando», etcétera) y, donde existan, los restos de poblados. Quizá aquí la pieza central sea el sepulcro, «primogénito de la cultura», como dijo con frase certera Bachofen.

En efecto, sabemos por el testimonio conjunto de las más antiguas Altas Culturas, como el Egipto protodinástico, y de los pueblos etnográficos, por ejemplo, los polinesios, que la posesión de un tipo determinado de sepulcros, y a veces simplemente la posesión de cualquier clase de sepulcro, es un signo claro de jerarquización. No ya sólo de riqueza sino, no pocas veces, de mando, y aun de mando supremo. Por tanto, es lícito inferir de la forma y posición de las sepulturas, de los ajuares o trofeos enterrados en ellos, del rito sepulcral empleado, etc., no ya la existencia de «clases» sino —aunque de modo más indirecto y problemático— la de verdaderas jefaturas. Por ejemplo, la notoria diferencia de tamaño, orientación, construcción más cuidada y mayor riqueza de ajuar (incluso con piezas importadas) de una de las sepulturas excavadas por nosotros en la necrópolis de la península de Morrazo, como no nos permite —dada la pequeña comunidad de la que forma parte— suponer «clases», nos hace suponer un «jefe». La comparación con materiales de zonas expansivas análogas de los buscadores de metal del «Primer Bronce» en otros lugares, desde nuestra Península al Cáucaso, y con lo que sabemos etnográficamente de pueblos de un nivel similar, nos dan cierta seguridad en esta suposición.

Desde, acaso, el Musteriense (pensar en el «joven de Samarcanda») hasta, con toda seguridad, la época de las grandes invasiones, estos indicios son válidos. Por otra parte el folklore, adherido a cementerios pre y protohistóricos con toponimos tales como «tumba del Rey», «La Corte», etc., es un indicio nada despreciable.

El arte puede darnos testimonios de dos tipos: por cuanto vemos representadas escenas en que es detectable, por procedimientos diversos (estatura mayor, adornos) alguna jerarquización y, más eficazmente, cuando cierto género de placas, armas, etc., pueden ser interpretadas como emblemas de mando. Esta interpretación viene dada por la comparación etnográfica o incluso plenamente histórica por diferencias objetivas de riqueza en los materiales, delicadeza en el trabajo, etc. En otro lugar hemos creído poder reconstruir, a través del análisis de la magnífica espada bron-

cínea de la colección Bauzá, la existencia de una clase superior de pastores guerreros y, dentro de ésta, de una verdadera jefatura para el centro-sur de nuestro país hacia —1250 (usamos el signo — para indicar fechas anteriores a la Era vulgar).

Los restos de poblados son también interesantes. Si hay, por ejemplo, edificaciones interpretables como «casas del consejo» (así en Tripolye), serán señal de un mando colectivo; si hay «castillos» habrá la posibilidad de jefaturas guerrero-heroicas de tipo «homérico» (así en el llamado «Bronce atlántico», los celtas, etc.).

Evidentemente, otras muchas cosas pueden ser aducidas aquí pero hemos preferido ocuparnos con mayor atención en los tres órdenes de objetos que nos parecen más directamente utilizables.

2.ª La aplicación del método ciclocultural (por muchas objeciones que se le puedan hacer justamente en otros aspectos) y, particularmente, sus formas derivadas mucho menos rígidas y dogmáticas, mucho más apoyadas en la complejidad de los hechos reales y atenuadas a ellos, como lo han hecho, por ejemplo, muchos americanos, nos ofrece resultados espléndidos. Tomemos como ejemplo sumamente útil el trabajo de Lowie sobre «formas de organización política de los amerindios». En sustancia el método es el siguiente:

Tenemos una serie de pueblos o vivientes hoy o, al menos, suficientemente conocidos por testimonios de los siglos XVI a XIX, y nos es fácil seriarlos en un orden, aproximadamente «objetivo», según su grado de cultura material, su marginalidad respecto a las Altas Culturas indígenas e incluso en algún caso (esto último no lo hace Lowie) su mayor o menor «antigüedad» en cuanto al poblamiento.

Hecho esto, recojamos las descripciones y observaciones más exactas en cuanto a sus formas políticas, particularmente al grado de «concentración» del poder. El resultado es — en líneas generales — una «escala» que va de la «sociedad sin mando» al «Estado totalitario», pasando por varios escalones tales como «mandos ocasionales e informales», «mandos temporales», «compartidos o colegiados», hasta desembocar en la «realeza sagrada». Es más, en los casos en que una cultura de tipo plantador matriarcal con elementos de cazadores andriarcales, presenta mandos más especializados — a veces parece como una caricatura de las «realezas sagradas» — se puede señalar siempre algún contacto con Altas Culturas. Esto es particularmente visible en los indios del sureste

de los actuales Estados Unidos y —en otra forma— entre caribes y arahuacos.

Sin llegar a este grado de precisión, Westermann nos permite trazar un esquema análogo para el Africa negra. Los fenómenos oceánicos son más complicados. Pero, en general, parecen comportar un «eje de marcha» parecido, con especializaciones debidas, en unos casos, al relativo aislamiento (interior de Australia, Tasmania o Nueva Guinea, etc.), en otros, por el contrario, a la mayor apertura que un establecimiento marítimo ofrece; así, Melanesia recibe influencias de la más evolucionada Polinesia; los malayos, de las Altas Culturas de India y China, etc.

Se podrá decir que esto es volver al desacreditado «evolucionismo unilineal» del siglo XIX. Pero, en primer lugar, es algo mucho más matizado y articulado, y —en último término— si el «desacreditado» evolucionismo, en algo tenía razón, no se ven motivos válidos para negársele. Y, en este asunto concreto, parece haber tenido alguna.

3.º Podemos combinar, sobre los pueblos protohistóricos o paleoetnográficos, los datos arqueológicos —para cuya interpretación nos da criterios válidos la etnografía— con las referencias que de ellos nos proporciona el testimonio de las Altas Culturas. A este respecto conviene hacer dos observaciones: que esta investigación nos da, a su vez, amplia luz para el estudio de las posibles jefaturas en horizontes propiamente prehistóricos, así lo que sabemos sobre oligarquía y caudillajes celtibéricos, sobre el desarrollo de la monarquía, entre los germanos, etc., nos sirve para interpretar muchos datos de épocas anteriores. Y, por otra parte, debemos tener siempre presente las deformaciones no intencionales a que los escritores de Altas Culturas someten el material «bárbaro».

4.º Los restos folklóricos o míticos dentro de las Altas Culturas, nos son también útiles. Pensemos, por ejemplo, en el espléndido trabajo de nuestro Caro Baroja sobre «Reyes de Aldea» en cuanto al folklore, o en el genial libro de Frankfort, *Kingship and the Gods*, en cuanto a los componentes míticos y rituales en la realeza egipcia. Pero aquí, muchas veces, no es la historiografía quien nos aclara la prehistoria sino al revés. En efecto, los datos «primitivos» han sido reelaborados, interpretados, a veces petrificados de modo incomprensible para el que, desde la propia Alta Cultura, intenta explicarlos (pensemos en todas las leyendas etio-

lógicas tipo «raptó de sabinas») y tenemos que venir nosotros, por el rodeo de la etnografía e incluso de la arqueología prehistórica, a explicarlo. Pero de esto, basta.

II

Hemos tenido que dedicar una extensión aparentemente desmedida a las cuestiones de método, porque la experiencia nos enseña que a menudo —en cuanto se sale del terreno de la pura antropología física o de la cultura material— suele pensarse que toda reconstrucción es puramente «especulativa» o incluso, imaginativa. Resumamos ahora cuáles parecen ser los resultados más probables a que hemos llegado en cuanto a la aparición y desarrollo de las más antiguas formas de mando.

1.º Si tomamos en consideración el más largo y antiguo de los períodos en que podemos dividir la vida del hombre sobre la tierra, esto es los 400.000 primeros años (partimos de un esquema de 500.000) no sabemos, ni probablemente sabremos nunca, nada de sus formas de mando. Sabemos a qué tipos humanos pertenecía este hombre —todo el complejo que llamamos «preneandertaloide» a «arqueoantrópido». Conocemos el medio natural en que vivió—interglacial I, glacial-pluvial II, interglacial II, glacial-pluvial II, interglacial III. Conocemos su cultura material —todo lo que solemos llamar Arqueolítico y Paleolítico inferior en sus diversas direcciones. Pero no sabemos *nada* de si tenía o no alguna forma de mando.

En efecto, no hay apenas (el «apenas» es puro optimismo) nada que podamos considerar en serio como sepulcros, poblados, arte, es decir, nos fallan los aspectos de la arqueología más valiosos para nuestro objeto. Nadie ha podido observar en vivo desde nuestra Alta Cultura o alguna de sus coetáneas o anteriores, tales hombres —nos falta, pues, el testimonio paleo y neoetnográfico. El estudio de las «sociedades animales» es, por sí mismo, más apto para plantear problemas que para resolverlos, etc. La aplicación de la escala de Lowie, tal como antes la hemos descrito, no sabemos hasta qué punto tiene sentido para pueblos que no son, realmente, comparables en ningún sentido con los esquimales y amerindios observados por aquél, ni, en rigor, con ningún pueblo etnográfico ni paleoetnográfico, etc. Si no queremos caer en la más absoluta

arbitrariedad, debemos contentarnos con decir que no es inverosímil que hubiese «sociedades sin mando» o «mandos ocasionales e informales». Y aun esto, no pasa de ser mera hipótesis.

2.º Tomemos ahora la época siguiente. Son —en números redondos— unos setenta mil años, época glacio-pluvial IV, hombres neandertaloides y protosapientes. Culturas materiales del tipo que, muy genéricamente, podemos llamar «musteroide» o Paleolítico medio. De esta época tenemos sepulcros relativamente abundantes y bien conservados en Europa y Asia, y en ellos trofeos de caza muy toscos y un inicio de arte (pintura corporal, por ejemplo). Hay incluso algo así como santuarios. Y los diversos tipos de «ocupación» (aún no podemos hablar de «poblados») dan ya alguna pista valiosa para indagar sobre estructuras sociales. Aunque no queden pueblos etnográficos (ni creemos que hayan quedado paleoetnográficos) de este nivel, puede ocurrir que en algunos subsistan residuos tenues de esa época. Podemos ya suponer algo:

a) Grupos poco numerosos, sin mando —del tipo «familia nuclear con igualdad de derechos». Recordemos que nada menos que el P. Schmidt creía ser esta la forma de familia más antigua. En ellos, probablemente, no hay autoridad en sentido estricto.

b) Grupos locales de tipo plurifamiliar (acaso «gran familia»). Ignoramos si hubo alguna laxa *auctoritas sine potestate* y cuál —individual o colectiva, por razón de edad, etc.

c) Grupos eventuales para un fin determinado —una cacería, por ejemplo. Aquí lo más probable parece ser: mandos ocasionales o informales, basados más bien en la aptitud personal.

d) Ciertos indicios en cuanto a la ocupación del terreno —como los refugios de montaña alpinos, incluido el «santuario» del culto al oso en Drachenloch, de momento el más antiguo monumento religioso conocido— y, por otra parte, algunos ritos sepulcrales, con trofeos de caza, etc., del tipo del de Samarcanda —nos hacen pensar, quizá, en la existencia de grupos con organización más permanente—, «órdenes transversales de cazadores» y de jefaturas «heroicas» con un comienzo de formalización institucional. Como hipótesis es muy tentadora, pero no muy segura.

Esto es lo que podría haber, e incluso creemos probable que hubiese. No nos atrevemos a decir nada sobre si dentro de la familia habría o no autoridad y cuál. Tampoco nada de si habría algún género de mandos vitalicios —lo que nos parece poco pro-

bable— o hereditario —lo que ya nos parece imposible. Pero nos limitamos a decir «parece».

3.º En los veinte mil años siguientes, al final de la última glaciopluviación, cuando los hombres son ya *H. Sapiens* (Cro-mañón, Chancelade, Combe Capelle, Grimaldi), cuando surge el arte —pintura, escultura y grabado— cuando se acomodan espléndidamente las grandes cuevas como viviendas o como santuarios, cuando la vida humana aumenta y se inventan tantas cosas importantes —flechas o agujas, arpones o bolsas, etc.—, en suma, en ese período esplendoroso del Paleolítico superior ¿nos podemos atrever a suponer algo con mayor precisión?

Parece altamente probable, casi segura, la existencia de «autoritas» de «magisterios». Sin ellos, la trasmisión de los complicados rituales y saberes de la época no sería posible. Por otra parte, la abundancia del material arqueológico, sobre todo el arte, y la posibilidad de que en muchos pueblos etnográficos y protohistóricos haya algo y aún algos (no todo) de la herencia directa de entonces, nos da una base mucho más amplia y fuerte para hacer hipótesis. Podemos trazar el siguiente cuadro:

a) Para la familia se han supuesto una línea «matriarcal» o al menos «matrilineal» y otra «patriarcal» o «patrilineal». Pero no sabemos bien si habría realmente «mando» o sólo una vaga «autoridad moral», y, por otra parte, en la sociedad matrilineal, si mandaría (de mandar alguien) la madre o el hermano de la madre —el llamado «avunculado».

b) Las comunidades locales pluri o gran familiares —que sin duda hubo— no sabemos cómo se regirían. No es improbable la combinación de «autoridades» individuales de tipo mágico, religioso, sapiencial, magistral —digamos «chamanes»— y otras corporativas (supongamos: los «ancianos» o los «padres» o las «madres»). Pero no es fácil saber en qué proporción o con qué funciones —tampoco se excluye un germen de andriarcado, es decir, mando de los «jóvenes cazadores vigorosos», según Schmidt.

c) Muy probable nos parece la existencia de «órdenes transversales», esto es, por ejemplo, de grandes cofradías interfamiliares e interlocales de cazadores. En ellas, una forma de mando «heroico» más o menos inicialmente formalizado, institucionalizado, incluso sacralizado. Lo cual puede muy bien combinarse con rasgos de «magisterio moral» del cazador veterano hecho chamán o con mandos colectivos, digamos «democráticos», de tipo asamblea.

d) No nos parecen verosímiles ni la ginococracia (salvo como pura forma eventual) ni el mando hereditario o vitalicio —aunque sí puedan serlo los «magisterios» o «autoridades morales» ya por herencia natural ya por diversas suertes de operaciones simbólicas del tipo que podemos llamar, aproximadamente, «adopción».

4.ª La fase siguiente, la «edad media» que en el postglaciar sigue a la disolución del esplendor paleolítico, a causa del cambio de clima, esta época que solemos llamar «Mesolítico» y que empieza hace unos diez mil años y en ciertos casos dura —como pervivencia etnográfica— hasta hoy mismo, esa fase, en general, se nos presenta orientada en dos direcciones divergentes (hay muchas formas intermedias, pero aquí no puedo detenerme más); hay una línea «deculturada», «empobrecida», «regresiva», en la que la cultura material es más pobre y tosca, vive menos gente y peor, desaparece el arte, etc., y otra «progresiva» en que la cultura material progresa (aparecen las boleadoras y el *bumerang*, se domestica el perro, empiezan la navegación y la pesca de altura, etc.). De la estructura sociológica de la primera rama sabemos muy poco. El testimonio arqueológico es pobre. El paleoetnográfico, oscuro. Es dudoso que haya hoy «primitivos actuales» que atestigüen ese horizonte —los que podrían citarse son, más bien, «deculturados» desde un horizonte progresivo o posterior y sería una pista falsa tomarlos al pie de la letra. Pero, en suma, lo poco que sabemos, nos lleva a suponer una sociedad sin mando o con mandos ocasionales e informales. Distinto, muy distinto, es el caso de la rama progresiva.

Tal como ésta puede ser reconstruída (una obra maestra, la de Clark, que nos da casi hecho este trabajo), se nos presenta como un mundo muy articulado, en el cual podemos intentar un esquema bastante verosímil. Sería, más o menos, lo siguiente:

a) La familia parece debilitada. Esto hace perder interés al tema de quién mandase en ella. Si suponemos la continuación, más o menos empalidecida, de lo que hemos conjeturado para la época inmediatamente anterior, quizá no erremos mucho.

b) Las agrupaciones plurifamiliares, ya basadas en el principio de la «localidad» o «vecindad» ya emparentadas (sea parentesco real o simbólico), podemos, por testimonio etnográfico y, en cierto modo, por el arte, suponerlas bien articuladas. Pero no es fácil decir cómo eran mandadas. Acaso «autoridades» (más que potestades) de tipo colectivo —por ejemplo «ancianos»— (muy

relativos, la duración de la vida parece haber retrocedido respecto al Paleolítico superior) o, al contrario, formas iniciales de andriarcal —como ya dijimos—, pero no sabemos nada seguro. No se excluyen magisterios del tipo señalado para la época anterior.

c) Los «órdenes transversales», suponemos que han sido muy fuertes —sociedades de cazadores, de pescadores, de buscadores de ciertos productos a distancia, etc.—, y en ellos una gran variedad de mandos: informal y ocasional, formalizaciones iniciales de tipo heroico, colectivos, etc. Predominio —casi seguro— andriarcal. Seguimos creyendo poco probables ginecocracia (salvo algún caso excepcional) y carácter vitalicio —menos aún hereditario— para el mando propiamente dicho, no, en cambio, para ciertos magisterios.

d) Puede haber existido —casi nos atreveríamos a suponer que ha existido— para este horizonte cultural un tipo de organización amplia, plurifamiliar, con carácter, al tiempo, de parentela (real o ficticia) y de vecindad, abarcando en sí, incluso, muchas de las funciones propias de los llamados «órdenes trasversales» (por ejemplo, culturales, venatorias, etc.). Si empleamos la clásica palabra «tribu», podemos suscitar en la mente del lector la imagen que queremos. Nada impide, dentro de ella, articulaciones diversas (familias, «clases de edad», «mitadas», «clanes», etc.). ¿Qué forma de mando existiría para la «tribu»? Ateniéndonos a las más verosímiles reducciones etnográficas, no pensamos apenas en jefaturas únicas y unipersonales —menos aún vitalicias, mucho menos hereditarias— sino en diversas jefaturas especializadas, por ejemplo, un «jefe de caza», un «jefe de pesca», etc., y organismos colectivos, sobre todo dos: el Consejo de «ancianos» o de «padres» (eventualmente «madres», como vemos en los iroqueses) y la asamblea andriarcal de cazadores y, si hay ya entonces guerra, guerreros.

Arriesgándonos a ser tachados de anacronismo, creemos que la clásica fórmula SPQR puede representar muy bien una realidad cuyos más remotos prototipos se podrían referir al Mesolítico progresivo.

5.º Para lo que solemos llamar «Neolítico» y que mejor se llama «Agriculturización», esto es, aquel horizonte cultural que encierra en sí la importantísima transformación del ser humano de recolector de alimento en productor; de cazador, pescador y recolector de vegetales en cultivador y pastor—, en ese horizonte, empezado

en sus más antiguos hogares del Suroeste asiático e inmediaciones hace unos ocho mil a seis mil años, y en gran parte conservado hoy como forma de vida de la mayoría de los llamados «primitivos actuales», así como muy vivo en el folklore campesino de todas las Altas Culturas, ¿qué podemos pensar y decir sobre sus formas de mando? Evidentemente, aquí, mucho, pues el material arqueológico es riquísimo y, por primera vez, tenemos verdaderos poblados, hay una documentación protohistórica y etnográfica más que suficiente, y a la luz de éstas, nos es fácil interpretar no sólo el dato arqueológico, sino los residuos que ha dejado en todas las Altas Culturas, incluso en la nuestra.

Podemos, partiendo de estos datos, construir dos modelos, que seguramente no han existido en toda su pureza nunca ni en ninguna parte, pero que tienen una indudable utilidad didáctica para entender y hacer entender lo que fueron las líneas generales de la evolución:

a) Una línea matriarcal, basada en el cultivo de azada, con familia matrilineal (esto es: herencia por la madre) y matrilocal (esto es: el marido se va a vivir a la aldea de la mujer), etc. En este horizonte la forma de organización general parece haber sido la aldea «democrática» formada por la agrupación de varias familias (quizá grandes familias) matrilineales. Estas, quizá, a su vez, articuladas en una organización de «mitades» o de «clases exogámicas». Bien. Pero ¿qué forma de mando?

En la aldea como tal, no pensamos en una potestad individual bien definida; vemos como posible más que mandos personales, una especie de difuso «control social», de «presión ambiental» —reforzada por creencias religiosas y mágicas, tipo «tabú»— y, a lo sumo, concretada en asambleas o consejos, no sabemos bien compuestos por quién ni cómo. Hay que evitar la ingenuidad de creer en la «ginecocracia» o mando político de las mujeres. Esto es poco frecuente y, más bien, refracción de instituciones masculinas en un medio femenino. Esta especie de «democracia» concejil o impersonal acaso tendría mandos delegados u ocasionales.

Dentro de estas aldeas, hay que tener en cuenta la familia y, en parte atravesándolas, organizaciones tales como las llamadas «sociedades secretas», «ligas masculinas» (en algún caso, seguramente por reflejo de estas últimas, también asociaciones de «muchachas», etc.). En cuanto a las organizaciones transversales, creemos que son o herencia o imitación de las formas «andriarcales»

que hemos visto delinearse tenuemente en el Paleolítico medio, dibujarse con más claridad en el superior y aparecer vigorosas y predominantes en el Mesolítico progresivo. Por tanto, pensamos que habría las mismas formas de mando allí indicadas: asambleas, jefaturas individuales, etc. En cuanto a la familia, la etnografía (y la paleoetnografía) nos llevan a pensar en familias con más «autoridad» que «potestad», y aquélla, ejercida, sea por la madre, sea por el tío materno («avunculado»), no por el padre.

b) La línea de grandes pastores guerreros patriarcales, los llamados por el P. Schmidt «fundadores de las aristocracias y las dinastías» y por Rüstow «origen de los señoríos», nos son sobradamente conocidos. Nuestra propia tradición lingüística, indoeuropea, jurídica, romano-germánica y religiosa, bíblica, arrancan de ahí. En todas las Altas Culturas del mundo antiguo sin excepción, esta tradición patriarcal, pastoril, guerrera, es fundacional y nuclear. Desde los antiguos mesopotamios o egipcios y los primeros chinos, hasta árabes y turcos. Los testimonios poéticos más venerables —Biblia, Homero, Vedas, Epica sumeria, etc.— nos ponen en presencia de lo mismo. Y no parece ser ningún azar que la única zona de Amerindia que pastoreó, el área andina, sea también la única que se alzó a Imperio, el incario.

Aquí, por movernos en terreno tan conocido, podemos ser más breves en la exposición: verdad era «potestad» en la familia; padre y marido (*patria potestas, manus*); en la gran familia, los jefes gentilicios más o menos «aconsejados». En la tribu (o la confederación pluritribal), jefaturas de guerra o de gran expedición, más o menos «caudillales», pero, al tiempo, formas de autoridad o potestad colegiada, bien patriarcales gerontocráticas, o bien andriarcales guerreras (*Senatus* y *Populus*, respectivamente), aquí y allá, muy visibles, institutos de origen claramente andriarcal, sobre todo en relación con el culto y la guerra —hermandades masculinas bélicas o cultuales, entrecruzadas o no con la familia, y con mandos de varios tipos, más bien tendencialmente colectivos o plurales (covirias, etc.)—. Los ejemplos citados son del mundo indoeuropeo, y más precisamente latino, pero no sólo son ciertos tales rasgos y formas de mando en todos los indoeuropeos (arios, germanos, griegos, celtas, etc., e incluso eslavos), sino que, más o menos, el ámbito semito-hamítico (hebreos, árabes, egipcios, la capa acadia e incluso presumeria más antigua, cualquiera que sea su origen), turco-tártaros y afines (hunos atílicos, mongoles gengisjáni-

dos, turcos selyucíes y otomanos, etc.), nos dan los mismos ejemplos.

El caudillaje guerrero y el mando corporativo, en la doble forma gerontocrático —patriarcal del senado y andriarcal del «pueblo en armas»— aparecen por todas partes. *Donde surge la Monarquía es, sin duda, influencia de altas culturas.*

c) Habría que añadir en este horizonte otras cosas, por ejemplo, las especializaciones marineras del tipo de los futuros vikingos y polinesios, las ginecocracias guerreras de tipo «amazonas». Pero las primeras las conocemos sólo muy tarde y muy influenciadas por altas culturas, y las segundas (a las que pienso consagrar un libro entero) nos han llegado tan deformadas y mal interpretadas que difícilmente podemos, tan rápidamente como aquí vamos, decir nada que valga la pena.

6.º La protohistoria como tal, esto es, la sobrevivencia de pueblos de cuño anterior y exterior a las Altas Culturas —en rigor neo o mesolíticos—, pero influenciados por éstas y conocido desde ellas, resultó clara en algunos casos (celtas o germanos, por ejemplo), no tanto en otros. Creemos que para el conjunto de su sistema sería válida una formulación más o menos como la siguiente: instituciones del horizonte agrarizador (patriarcal o matriarcal) y mesolítico progresivo (andriarcal) mezcladas entre sí y con elementos de alta cultura (por ejemplo, realeza, incipientes «aristocracias» o incluso «burocracias», mejor o peor refractadas). Lo mismo en los pueblos etnográficos más progresivos (negroafricanos, polinesios, etcétera) y en las llamadas «barbaries» o —por seguir el vocabulario toynbiano— «proletariados externos», a cuyas formas ya hemos aludido al hablar de los indoeuropeos, semitas, turcos, etc.

Dos hechos nos parecen dar su sello más característico a este nivel: la tendencia a formas vitalicias o hereditarias de mando, sea unipersonal («realeza»), sea colectiva («aristocracia»), y su formalización y sacralización crecientes y la aparición o intensificación de las ginecocracias. (Para esto último, ver lo dicho antes sobre amazonas.)

Estos complicados fenómenos conducen a veces a estructuras muy ricas y orgánicas —los polinesios, las Altas Culturas precolombianas, no obstante la falta (salvo en el área andina) del fenómeno pastoril, etc.; otras, a formas discordantes y «bárbaras»— en el sentido despectivo de este término —como ciertos negroafricanos o los amerindios de tipo chibcha, cauca, quimbaya. En muchos

casos, llegan a integrarse produciendo las más poderosas naciones históricas, como los griegos o los germanos. Los ejemplos podrían multiplicarse.

III

Hemos aludido a la realeza. Se trata, nos parece, de la rotura definitiva de nivel que nos saca de lo «primitivo». Lo que sabemos, por ejemplo, de la figura institucional de los más antiguos reyes egipcios, mesopotámicos, chinos; lo que podemos entrever de la penetración de esta institución entre indoeuropeos, semitas, amerindios, negrafricanos, polinesios, todo esto nos indica que nos hallamos ante un cambio importantísimo. Lo que puedan ser estos otros grandes cambios (por lo demás coetáneos con la aparición de los reyes) que son la metalurgia, la rueda, el carro y el arado, la ciudad, la escritura. La realeza es la forma de mando propia de un nuevo horizonte histórico; la Alta Cultura, el tipo de sociedad que Toynbee llama «civilización». La plena historia.

Lejos de ser una institución «primordial», «originaria», lejos de ser —sin más— una ampliación de la autoridad y potestad «natural» del padre (autoridad y potestad, como hoy vemos, no tan «natural»); lejos de ser el producto de cualquier azar aventurero, —recordemos el justo descrédito recaído sobre el versículo voltairiano: *le premier qui fût Roy fût un soldat heureux*—, lejos de ser nada de esto, la institución monárquica es —repetimos, como el metal, la rueda y la escritura— una señal de estar ya fuera del primitivismo.

Sin entrar en el posterior desarrollo de este importante hecho social, ni mucho menos en sus problemas actuales, *sin hacer juicios de valor, ni tomar posiciones en cuanto a la problemática presente de la misma institución*, tratemos de ver cómo emerge del «primitivismo», rompiendo con él; cuáles con las raíces prehistóricas de esa organización plenamente histórica:

1.º El mando de tipo ocasional e informal existente ya en cazadores y recolectores muy antiguos (acaso desde siempre, con altísima verosimilitud desde el Musteriense), empieza a tomar, en los más primitivos esbozos de «órdenes transversales», una cierta formalización y sacralización heroica. A lo largo de las potentes hermandades que podemos suponer en el Paleolítico superior y, sobre todo, a través del andriarcado mesolítico, constituye esta vincula-

ción con las antiquísimas empresas de la gran caza, una —no la única— de las raíces de la futura realeza. El uso del arco y del bumerang como privilegio o símbolo. La acaparación de las grandes cacerías por la «corona» (v. las agudas reflexiones de Ortega), la figura mítica de Nemrod, «gran cazador ante Dios», etc. Todo esto —tan visible, justamente en las más antiguas Monarquías de Egipto o Mesopotamia— nos ha guardado el recuerdo de esa raíz.

2.º La jerarquización patriarcal de las sociedades de pastores guerreros es otra raíz, más visible aún. El cayado y el látigo faraónicos, la viejísima metáfora del Rey como pastor —por ejemplo, en Mesopotamia, en la saga homérica, etc.— lo indican bien claro.

3.º Hay en las realezas primitivas (y, en mayor o menor medida, en todas) una dimensión «sacral» tan obvia que no es preciso insistir. Pero no siempre es fácil saber de dónde viene. Cuando uno lee lo de Bloch sobre el carácter curandero de los reyes franceses o lo de Pfandl sobre la «magia» en el ceremonial hispanoborgoñón (¿por qué indignó esto tanto a muchos españoles?; aún no lo he podido entender), ve uno muy bien de qué se trata, pero ya no ve con tanta claridad por qué está ahí. En su tiempo, el gran Frazer intentó aclararlo en las páginas densísimas de su inolvidable *Rama dorada*. Pero muchas de las cosas aducidas por tan gran maestro, más que explicar necesitan, a su vez, ser explicadas. Haciendo —no es posible evitarlo— «prehistoria especulativa» (y aprovechando los resultados del trabajo ingente de la fenomenología y sociología religiosas de los últimos treinta años) podemos adelantar algunas explicaciones:

a) Ya la inicial formalización heroica del jefe de cazadores tenía un carácter «sagrado» por varios lados —la «fuerza» del cazador como algo divino, por ejemplo; los rituales chamánicos o mágicos asociados con la caza, etc.

b) El carácter «sagrado» de toda comunidad primitiva, como ha visto muy bien V. der Leeuw, se condensa y refleja en sus jefes, de cualquier carácter que éstos sean, y de cualquier tipo, cazador, plantador, etc., que sea la comunidad. Sobre todo, parece esto visible en los grupos andriarcales, ya puros, ya incrustados en las posteriores sociedades matriarcales.

c) El sacerdocio en sí —y aparte de lo que ya tiene de «autoridad»— confluye en el nacimiento de las realezas más antiguas y contribuye a sacralizarlas.

d) El ambiente mágico y religioso, en gran medida impersonal

(«maná», «tabú») que suponemos rodeando los cuerpos de costumbres vigentes en sociedades muy antiguas —sobre todo en el nivel agrario matriarcal— se condensa y cristaliza en los jefes, en cuanto «personifican» o «personalizan» esta difusa autoridad.

4.º La guerra, por último, hace necesarias y posibles, más fuertes y estables jefaturas individuales, y, combinada con todas las corrientes anteriores, contribuye al surgimiento de la realeza. Como ya dijimos en otra ocasión, hasta el justamente desacreditado versillo de Voltaire antes citado tiene, no obstante su notoria superficialidad antihistórica, muy «siglo XVIII», su partecilla de verdad.

5.º En cuanto al carácter tendencialmente hereditario (sea individualizado o dentro de un grupo) y la inclinación endogámica —llevada hasta el llamado «incesto dinástico»— y en cuanto a otros fenómenos, tales como la muerte ritual del Rey, parecen todos ellos estar asociados con varios de los factores anteriores —sacralidad, confusión en el horizonte patriarcal pastoril (y acaso ya antes) del grupo social más amplio, prepolítico— con alguna forma real o supuesta de parentela, etc. Parece evidente que las consideraciones «racionales» modernas sobre continuidad, aptitud personal, etc., quedan totalmente fuera.

Creemos, por último, que las formas más «puras» de la realeza inicial no se encuentran entre «primitivos», ni actuales, ni protohistóricos —donde tenemos más bien modalidades laterales, refractadas y deformadas—, sino en la fase inicial de las Altas Culturas y en relación con los fenómenos de condensación cultural y estratificación social propios del nacimiento de las mismas, tanto en el mundo antiguo (Mesopotamia, Egipto, China, etc.) como en las civilizaciones amerindias, sobre todo en el incario.

CARLOS ALONSO DEL REAL

R É S U M É

Si nous employons la méthode de classification de Lowie pour les amérindiens, et l'appliquons soit au matériel archéologique (ainsi qu'aux découvertes personnelles), soit aux textes des plus anciens et Hautes cultures, nous pouvons penser, toujours sur le plan de l'hypothèse, que:

A) *Nous ne savons pas, et peut-être ne saurons nous jamais,*

quelles furent les formes d'autorité de l'Archéolithique, c'est-à-dire, de l'Archeo-Eo- ou le Pretolithique au sens strict et le Paléolithique Inférieur. Nous ne savons même pas si elles ont existé.

B) Dans le Paléolithique Moyen, ont existé peut-être plusieurs types d'autorité. Par exemple (en employant la terminologie de Louie): "des autorités occasionnelles et "informelles" dans les groupes de chasseurs et peut-être quelque nouvelle "formalisation héroïque" parmi les meilleurs chasseurs (le jeune homme de Samarcande), ou peut-être des autorités "collectives" dans les groupements locaux pluri-familiaux. Nous ne connaissons rien sur l'autorité familiale, même si elle a existé.

C) Dans le Paléolithique Supérieur, à côté d'un monde plus riche de "magistères" ou "d'autorités" (viellards, chamanes, artistes) mais non exactement de "pouvoirs de décision" ou de "puissances" les types indiqués antérieurement ainsique que leurs combinaisons, durent continuer, plus formalisés et endurcis. Nous pouvons supposer, mais avec peu de sûreté, qu'il y avait deux types de famille, l'une à prédominance maternelle et une autre, peut-être plus étendue, paternelle.

D) Dans le Mésolithique, surtout dans ses formes les plus avancées les villages à leur début, car pour les autres formes nous pouvons supposer quelque continuité parfois un appauvrisement, ainsique que les "confréries" de chasseurs, et des premiers guerriers (ce que Schmidt appelle "Andriarcats") étaient gouvernés par une combinaison de pouvoirs "collégiaux" (Conseil des Vieillards et Assemblées des jeunes gens vigoureux, selon les cas (le futur Senatus Populusque). On perçoit aussi l'existence de guides individuels plus ou moins formalisés. De la famille à cette époque nous ne savons rien; mais il est probable qu'elle ne fut pas importante.

E) Dans le Mésolithique il faut distinguer deux directions. La direction agricole-matriarcale de village, probablement "démocratique", gouvernée plutôt par la coutume que par autre chose (mais non ginécocratique car ceci est postérieur et dérivé), et, dans la famille, matronomie, peut-être avec avunculat; et la direction familiale avec un énorme pouvoir de "patriarce" (Bâtres) en dehors des familles ou sur le plan plurifamilial: ce sont des "chefs" éventuels. Dans les deux ordres, il devait y avoir, à un degré plus ou moins grand, des formes de type "andriarcal" (des unions de guerriers etc.).

F) Dans les peuples proto ou parahistoriques, la combinaison de tout ce que nous venons de dire s'entremêlera, avec une tendance à s'endurcir et à donner une continuité à l'institution du chef en la faisant vitalice, même héréditaire, et à "sacraliser" la fonction du pouvoir (dans quelques cas elle est ginécocratique). Elles subront en outre, l'influence des Hautes cultures dans lesquelles existaient déjà la Royauté, le Sacerdoce, le Juge et le Chef de Guerre etc. Elles atteindront en conséquence une grande variété et une grande complication.

SUMMARY

With the help of Lowie's classification system of American Indians, applied either to archeological material (including actual discoveries), or to the texts of the first and earliest advanced cultures, we come to the following hypothetical conclusions:

A) We do not know, and will probably never know what forms of control prevailed in the Archeological period (Archeo-Eo-Protolithic in actual fact, and early Paleolithic) or even if such forms existed.

B) In the Middle Paleolithic period there probably existed several different types of command: in Lowie's terminology "occasional and informal commands" in groups of hunters, possibly some form of "incipient" "heroic formalization" among the best hunters ("the youth of Samarcand"), or possibly "collective" command among local multi-family groups. Nothing is known of command in the family, if any such existed.

C) In the later Paleolithic period together with a numerous body of magistrates and "authorities", such as elders, chamans, artisans, etc., who were not in real command or power, and there also survived earlier types or combinations of such powers, but in a more organized form. It can be hesitatingly said that there were two types of families: one with maternal predominance, the other possibly of more common occurrence, with paternal predominance.

D) In the Mesolithic period, there continued previously established institutions, frequently impoverished.

Amongst the most progressive we can indicate the appearance of incipient villages, "fraternities" of huntsmen and leading warriors (which Schmidt calls "andriarchats") which would have been

governed by the combination of collective commands, such as the Council of Elders and the Assembly of active Young Men, foreshadowing the "Senatus Populus" of the future individual chieftanships.

E) In the Mesolithic period two types can be distinguished apart from the survival of earlier forms. First the agricultural matriarchy of the village, probably "democratic" in type and governed chiefly by the forces of tradition, and not at all gynocratic in character as this is a later derived type.

Matrimony would exist within the family, with perhaps "avunculancy". The other type is the pastoral patriarchy. In the family the hierarchy of absolute command is held by the patriarch and in the extra or multi-family orbit by "senates" of patriarchs (patres). In some cases petty leaderships appear at random. In both the above types it is possible that andriarchal forms of organizations (of warriors) may appear to a greater or lesser degree.

F) In proto- or para-historical societies all the above combinations tend increasingly towards crystallization. The commanding figures, sometimes women, hold power permanently throughout life and it is sometimes even transmitted by heredity. These combinations evolve and receive the impact of advanced cultures, where the institutions of royalty, priesthood, the figures of judge and leader in war already exist. At this point they attain great variety and complexity.